

La Enseñanza.



REVISTA AMERICANA DE INSTRUCCION Y RECREO.

EDITOR PROPIETARIO, N. CH.

EL ALBUM DE LOS NIÑOS.

AÑO I. }

MÉXICO, OCTUBRE 1º DE 1871.

{ NUM. 8.

CUENTOS A MI HIJA.

EL MUCHACHO SABOYARDO.

Los naturales de la Saboya se hicieron distinguir en todos tiempos por su amor al trabajo y una probidad suma. Admitidos en las casas mas opulentas de Paris, nadie se quejó jamas de que hubiesen abusado de la confianza que de ellos se hacia. Habitados á vivir con poco, y no mudando en el seno mismo de la capital su modo de existir, ni su vestimenta ordinaria, solo tienen un fin, y solo un deseo, que es el de juntar á fuerza de trabajos y fatigas una reducida cantidad de dinero, la que llevan gozosos y triunfantes á sus necesitadas familias, que á menudo han sufrido mucho durante su ausencia.

Entre las faenas á que esta buena gente se acostumbra, la limpieza de las chimeneas es la que mas especialmente es privativa suya. Estos deshollinadores van comunmente dos juntos; uno de grande estatura para las chimeneas mayores, y otro de pequeña, y casi todavía niño, á fin de poder encaramarse en las estrechas de los retretes y cuartos chicos. Este pequeño deshollinador está sujeto entera-

mente á la autoridad del mayor, quien ejerce sobre el primero el absoluto poder de un mentor ó señor.

Era á fines del otoño. M. Destinval, honrado negociante de Paris, mandó que dos saboyardos de la esquina de su calle subiesen á limpiar la chimenea de su gabinete. Como estaba construida á la moderna, y que era muy estrecho el cañon, el mas pequeño de los dos tuvo el encargo de subir. Cubrióse segun uso la boca ó entrada de la chimenea con un mantel doble, á fin de evitar el olor y polvillo del hollin, y preservar tambien contra ello la habitacion. Una vez que el pequeño deshollinador hubo dado principio á su tarea, fuese el mayor á emprender otras faenas dentro de la misma casa.

Elisa, hija de M. Destinval, atraida por el deseo de oír la cancioncilla que los saboyardos acostumbra cantar en el remate de las chimeneas, permaneció en el gabinete de su padre; y queriendo apartar el mantel para oír mejor, le dejó caer, volvió á alzarle al través de una nube de hollin que salia con abundancia, y corrió volando á limpiarse manos y cara, á fin de que no quedase vestigio alguno de su muchachada.

Durante este tiempo, el pequeño deshollinador, despues de haber cantado su cantinela, bajó de la chimenea; y viéndose solo en el gabinete, llamó á

su compañero, que acudió al momento en compañía de M. Destinval y muchos criados.

Luego que se hubo recogido el hollin, sacudido, limpiado, y tomado de nuevo la chupa el pequeño saboyardo, M. Destinval, contento del servicio, y todavía mas de la sincera y cándida alegría del gracioso montañesillo, le dió un duro para que echase un trago á su salud. Se salió al punto con su compañero mayor, para ayudarle á recoger el hollin de otra chimenea, que este habia deshollinado durante aquel intervalo en un cuarto inmediato.

Elisa volvió á entrar en aquel momento, y fué á contar á su padre lo que acababa de pasar entre ambos saboyardos. Habia visto, decia la doncella, que el mas pequeño daba al mayor el duro que habia recibido. Le habia oido darse á sí mismo el parabien de la buena mañana que habia tenido..... muy buena por todos estilos.... En una palabra, Elisa repitió á su padre cuanto se habia dicho, redicho, y respondido; porque la tierna doncella, aunque bien intencionada y amable por otra parte, era tan parlanchina, que á menudo llegaba á ser indiscreta, de cuyo vicio no podian curarla sus padres.

Luego que todo volvió á su anterior órden en el gabinete de M. Destinval, quiso asearse, y no halló ya las charreteras de oro sobre la chimenea, en la

cual las había dejado; pasmado é inquieto con esto, registra en todas partes, y sospecha al principio que las habrá cogido el pequeño saboyardo. Sin embargo, se decía á sí mismo, la traza franca y divertida de este pequeño deshollinador, y el gozo que mostró al recibir el duro que le dió, todo ello me impide creerle capaz de cometer este robo..... Al discurrir así M. Destinval, buscaba mas y mas en balde sus charreteras de oro. Elisa propuso á su padre que se preguntase á las gentes de casa si sabían algo sobre la pérdida de estas charreteras. «Véte, le dijo M. Destinval; pero tén cuidado de no apuntar ninguna sospecha, y cíñete á recomendar quedo al portero que haga subir á mi cuarto al pequeño saboyardo, cuando salga, pues tengo que hablarle y que darle un recado.»

Fué Elisa á ejecutar la orden de su padre. Ningun criado había visto las charreteras de que se trataba, cada uno formaba mil conjeturas diferentes, y todos sufrían á un mismo tiempo con este lance. La menor alhaja que se desaparece, es una calamidad en una casa cuyos criados todos son honrados; la sola duda es un ultraje, y la menor sospecha un tormento.

Elisa, á quien su fatal propension á charlar arrastraba con frecuencia mas allá de lo que ella pensaba, olvidó en este momento lo que su padre le había recomendado, y recordó á varios criados que el pequeño deshollinador se había hallado solo en el gabinete de su padre al bajar de la chimenea. Añadió que, á su parecer, le había notado en la cara cierta confusión y desasosiego, cuando M. Destinval volvió con ella al cuarto, etc., etc. Finalmente, confiés, pero bajo el mayor sigilo, que su padre mismo sospechaba al pequeño saboyardo por autor del robo..... Bajó luego á dar al portero la orden convenida, y volvió á subir aceleradamente al cuarto de su padre.

«No, repetía este último, todavía no puedo resolverme á creer que ese infeliz muchachuelo se haya propuesto á tanto. Quiero, y debo asegurarme completamente de su inocencia; y si esta culpable, le daré una buena lección, y salvarle al mismo tiempo del oprobio, y quizá de la terrible venganza que con él ejercerían todos sus paisanos....» Al estar acabando de proferir estas palabras M. Destinval, se oyeron en el patio agudos gritos y repetidos golpes; lo que en un instante había atraído á toda la gente de la casa, y demas que pasaba por la calle. Abre el balcon M. Destinval, y descubre al pequeño saboyardo á quien su compañero mayor estaba zurrando todavía, y que juntas las manos y todo magullado de golpes, protestaba de su inocencia. M. Destinval baja corriendo al patio, creyendo que el muchacho había confesado el hurto, y proponiéndose evitar á su autor una suerte funesta. Síguele la hija, que también se discurría que estaba descubierto el ladrón; pero cuánto fué su dolor al oír que uno de los criados, que tiraba todavía por el pelo al pequeño saboyardo, gritaba: «Sí, este es el culpable que á todos nos ha espuesto á la sospecha mas cruel é indigna de nosotros; caro le costará el perjuicio que nos ha hecho.»—¡Y bien! ¿qué pruebas teneis para condenarle de esa manera? dijo M. Destinval, metiéndose por el tropel.—¿Hay acaso alguna mas fuerte, respondió el criado, que la acusación misma de vd?—¿Quién os dijo que yo le acusaba?—La señorita Elisa. ¿Por qué quiere vd. perdonar á este ladronzuelo, que á todos nos ha espuesto en nuestra honra?—¿Qué, hija! repuso todo airado M. Destinval, ¿has tenido valor para faltar al secreto que te recomendé tanto!..... No, no, añadió, protesto á fé de hombre honrado, que no he imputado nada á ese muchacho; no puedo concebir sino simples sospechas; y al confiarlas á mi hija, me hallaba muy ajeno de presumir que de ellas hiciese un uso tan pernicioso.»

Mientras que M. Destinval hablaba de esta suerte, el pequeño saboyardo, postrado á sus piés, imploraba su justicia, y pedia misericordia á gritos. Elisa, confusa y trémula toda, echaba de ver, aunque tarde, su fatal imprudencia. Finalmente, los criados, encarnizados siempre, y los pasajeros allegados, prontos á ceder á la primera cosa que les ha-

ce impresion, pedían á voces que el ratero fuese conducido al cuerpo de guardia, y entregado en manos de la justicia, cuando la doncella de Elisa vino corriendo con una traza desatinada, y entregó á M. Destinval sus charreteras de oro, que ella había hallado envueltas en el mantel que habían colocado en la boca de la chimenea del gabinete, mientras la limpiaba el pequeño saboyardo, y que la curiosidad de Elisa había dejado caer.

Puede figurarse el lector cuánta fué la desesperación de la doncella, al reconocer con todos la inocencia del pobre muchachuelo saboyardo, que en aquel mismo instante estaba implorando su piedad. Elisa se dejó caer casi desmayada en los brazos de su padre: los criados, arrepentidos de haber creído tan ligeramente á una atolondrada niña, perdieron todos el color; y todos los demas allegados se marcharon, diciendo que era una cosa horrorosa maltratar así á un inocentillo. El saboyardo mayor no sabía cómo paliar la zorra con que había molestado á su compañero menor; y señalando M. Destinval á Elisa los cardenales que cubrían todo el cuerpo del pobre muchacho, le dijo: «Ya ves tu obra.—Sabré corregir mi falta, exclamó la hija; por mí misma quiero asistir y curar á ese infeliz; y si vd. lo permite, padre, quiero destinarle para criado mio, y no me dejaré nunca.—Vengo en ello, hija mia, repuso M. Destinval; ¡y quiera Dios que este suceso te recuerde sin cesar que la menor palabra comunicada y mal interpretada, por mas puras que sean nuestras intenciones, produce á menudo los mas terribles efectos y quizá la desgracia de toda nuestra vida!»

MANUAL DE URBANIDAD Y BUENAS MANERAS.

CAPITULO IV.

PRINCIPIOS GENERALES.

XIX

Siempre que en sociedad ignoremos la manera de proceder en casos dudosos, sigamos el ejemplo de las personas mas cultas que en ella se encuentren; y cuando esto no nos sea posible por falta de oportunidad ó por cualquiera otro inconveniente, decidámonos por la conducta mas seria y circunspecta; procurando al mismo tiempo, ya que no hemos de obrar con la seguridad del acierto, llamar lo menos posible la atención de los demas.

XX

Las circunstancias generales de lugar y de tiempo; la índole y el objeto de las diversas reuniones sociales; la edad, el sexo, el estado y el carácter público de las personas; y por último, el respeto que nos debemos á nosotros mismos, exigen de nosotros muchos miramientos con que en general no proporcionamos á los demas ningun bien, ni les evitamos ninguna mortificación.

XXI

Estos miramientos, aunque no están precisamente fundados en la benevolencia, sí lo están en la misma naturaleza, la cual nos hace siempre ver con repugnancia lo que no es bello, lo que no es agradable, lo que es ajeno de las circunstancias, y en suma, lo que en alguna manera se aparta de la propiedad y el decoro; y por cuanto los hombres están tácitamente convenidos en guardarlos, nosotros los llamaremos *convenciones sociales*.

XXII

¿Cuán inocente no sería, por ejemplo, el discurrir sobre un tema religioso en una reunion festiva, ó sobre modas y festines en un círculo de sacerdotes? ¿Á quién ofendería una jóven que llevase grandes escapularios sobre sus vestidos de gala, ó un venerable anciano que bailase entre los jóvenes, ó un jóven que tomase el aire y los pausados movimientos de un anciano? Sin embargo, todos estos actos, aunque intrínsecamente inofensivos, serían del todo contrarios al respeto que se debe á las convenciones sociales, y por lo tanto, á las leyes de la urbanidad.

XXIII

A poco que se medite, se comprenderá que las convenciones sociales, que nos enseñan á armonizar con las prácticas y modas reinantes, y á hacer que nuestra conducta sea siempre la mas propia de las circunstancias que nos rodean, son muchas veces el fundamento de los deberes de la misma civilidad y de la etiqueta.

XXIV

El hábito de respetar las convenciones sociales, contribuye también á formar en nosotros el *tacto social*, el cual consiste en aquella delicada medida que empleamos en todas nuestras acciones y palabras, para evitar hasta las mas leves faltas de dignidad y decoro, complacer siempre á todos y no desagradar jamas á nadie.

XXV

Las atenciones y miramientos que debemos á los demas, no pueden usarse de una manera igual con todas las personas indistintamente. La urbanidad estima en mucho las categorías establecidas por la naturaleza, la sociedad y el mismo Dios; así es que obliga á dar preferencia á unas personas sobre otras, segun es su edad, el predicamento de que gozan, el rango que ocupan, la autoridad que ejercen y el carácter de que están investidas.

XXVI

Segun esto, los padres y los hijos, los obispos y los demas sacerdotes, los magistrados y los particulares, los ancianos y los jóvenes, las señoras y las señoritas, la mujer y el hombre, el jefe y el subalterno, y en general, todas las personas entre las cuales existen desigualdades legítimas y racionales, exigen de nosotros actos diversos de civilidad y etiqueta que indicaremos mas adelante, basados todos en los dictados de la justicia y de la sana razon, y en las prácticas que rigen entre gentes cultas y bien educadas.

XXVII

Hay ciertas personas para con las cuales nuestras atenciones deben ser mas esquisitas que para con el resto de la sociedad, y son los hombres virtuosos que han caído en desgracia. Su triste suerte reclama de nosotros no solo el ejercicio de la beneficencia, sino un constante cuidado en complacerlos, y en manifestarles, con actos bien marcados de civilidad, que sus virtudes suplen en ellos las deficiencias de la fortuna, y que no los creemos por lo tanto indignos de nuestra consideración y nuestro respeto.

XXVIII

Pero cuidemos de una afectada exageración en las formas, no vaya á producir un efecto contrario al que realmente nos proponemos. El hombre que ha gozado de una buena posición social se hace mas impresionable, y su sensibilidad y su amor propio se despiertan con mas fuerza, á medida que se encuentra mas oprimido bajo el peso del infortunio; y en esta situación, no le son menos dolorosas las muestras de una conmiseración mal encubierta por actos de cortesía sin naturalidad ni oportunidad, que los desdenes del desprecio ó de la indiferencia, con que el corazón humano suele manchar en tales casos sus nobles atributos.

XXIX

La civilidad presta encantos á la virtud misma; y haciéndola de este modo agradable y comunicativa, le conquista partidarios é imitadores en bien de la moral y de las buenas costumbres. La virtud agreste y despojada de los atractivos de una fina educación, no podría brillar ni aun en medio de la vida austera y contemplativa de los monasterios, donde los seres consagrados á Dios necesitan también de guardarse entre sí aquellos miramientos y atenciones que fomentan el espíritu de paz, de orden y de benevolencia que debe presidirlos.

(Continuará.)

VIAJE Y DESCUBRIMIENTOS DE LA SEÑORITA ELENA, Y DE SU PRIMO EL CABALLERO FERNANDO.



I

Han de estar vdes. para bien saber, y yo para mal contar, que el mes de Julio de este año se fueron á mudar temperamento la señorita Elena y su primo el caballero Fernando (que tengo la honra de presentar á los lectores del *Album*), á cierta casa de campo que los padres del Sr. D. Fernando poseen. Ocho días llevan los primos de andar absor-

tos, y es que han leído la *Enseñanza*, que tan bonitas cosas enseña, como ya vdes. lo saben perfectamente, y en especial el *Viaje de una golondrina*, *Los Hijos del Capitan Grant*, y *El Viaje por debajo de las olas*. La verdad es, que la lectura engendra grandes pensamientos, y grandes hechos; y si no, van vdes. á verlo.



II

Concluida la lectura, el caballero Fernando le declara á la señorita Elena que está decidido á hacerse célebre por medio de grandes descubrimientos,

como el capitan Cook, como Robinson, y como Gulliver.

Y vean vdes. lo que es el génio, y la vocacion, y

la..... ¡El caballero Fernando desarrolla ante la señorita Elena, con el mismo entusiasmo con que lo haria un miembro de la Sociedad de Geografía y Estadística, el plan de un largo, penoso, é interesantísimo viaje que ha resuelto emprender! Con razon la señorita Elena se ha quedado como vdes. ven, que no parece sino que está viendo la *Abmoneda del Diablo*.

(Continuará.)

LAS MADRES DE FAMILIA.

LA PREDILECCION.

(Continúa.)

Madama de Montcars, que se casó muy jóven con un magistrado de Paris, era á los diez y ocho años madre de dos hijos, que su salud no la permitió criar.

En vano quiso cumplir con el primero y mas agradable de sus deberes; tuvo que ceder á los consejos de los facultativos, y á las instancias de su marido que la adoraba, y no queria dejarla sufrir las fatigas que tiene una madre criando. A Carlos y Julio de Montcars dió el pecho, con un año de diferencia, una aldeana de las cercanías de Paris, que al tiempo de criarlos inoculaba al parecer en ellos su salud robusta y su alegre humor.

Los dos niños, que se criaron juntos en una dichosa conformidad de gustos, sensaciones y primeros hábitos, experimentaron aquella dulce simpatía que estrecha mucho mas los lazos sagrados de la naturaleza. Era una cosa muy tierna el ver á Carlos, que apenas tenia dos años, sostener los primeros pasos de Julio que estaba en andadores, y llevar á la boca de su hermano los bizcochos y los dulces que le daban. Jugaban juntos con una union de la que no habia cosa que los distrajesen; la risa del uno provocaba siempre la del otro, y las lágrimas de este hacian correr al punto las de su hermano: se podia decir que eran dos gemelos que habian entrado á un mismo tiempo en la carrera de la vida, y se ensayaban en ella con una garantía recíproca, y con la resolucion de repartir sus penas y sus placeres.

Aún eran niños cuando Madama de Montcars tuvo la esperanza de ser madre por la tercera vez. Bien fuese capricho del acaso, ó efecto de una predileccion anticipada, estuvo tan alegre y tan robusta en este último embarazo, como habia estado en los dos primeros triste y enferma. No pudo disimular á su marido el deseo ardiente que tenia de criar al niño que debia nacer bajo tan felices auspicios. «Ya «te guardarás muy bien, le dijo el señor «de Montcars; privada de criar á los dos «primeros, te dejarias llevar, á pesar tuyo, «y aun sin pensarlo, de preferencias que «no se pueden disimular, y cuyo mal «se aumenta con la violencia; te espon- «drías á mil combates, á mil disgustos, y «el amor maternal seria para tí un supli- «cio.» Madama de Montcars se rindió al parecer á los consejos prudentes que la daban. Habia abandonado su proyecto en algun modo, cuando se espusieron al público en el Museo las nuevas producciones de la escuela francesa. La pintura era el arte favorito de aquella señora. Se apresuró para ir á ver las obras mas afamadas, y

al punto fijó la vista en el precioso cuadro pintado por la señorita Lorimier, que representa una madre joven mirando á una cabra que dá de mamar á su hijo, con la expresion del pesar y de la envidia. Está todo tan natural y tan bien espresado en aquella deliciosa composicion, que Madama de Montcars se conmovió, y prometió interiormente aprovecharse de la leccion que le daba aquel precioso cuadro. Ya llegaba la época destinada por la naturaleza, cuando recibió su marido como magistrado la honrosa mision de ir á llevar socorros en nombre del soberano á muchos departamentos que habian sido devastados por los furores de la guerra. Con efecto, marchó de Paris poco tiempo antes del feliz suceso que aguardaba su mujer con tanta impaciencia, sintiendo él no poder prodigarla los cuidados del amor conyugal. Nació bien pronto un tercer hijo, que se llamó Eduardo, y Madama de Montcars solo tuvo unos dolores muy ligeros en el parto. «Querido hijo, decia ella estrechándole en su seno, no pago bastante la dicha de haberte dado á luz.» El ama se presenta, y quiere tomar al recién nacido de los brazos de su madre para darle el pecho; pero ésta, con los ojos llenos de fuego, esclama con aquel acento que penetra y manda: «No, no, yo sufriria mucho en eso; y puesto que el cielo ha querido que mi marido estuviese ausente, me aprovecho de esta circunstancia para ceder á la irresistible inclinacion que me arrastra...» Al decir estas palabras pone el niño á su pecho, y conoce al fin todo el placer y gozo del amor materno. No tardó en volver su esposo, el cual quedó sorprendido, y tuvo su desazon por las fatigas y cuidados que se tomaba aquella madre joven; pero despues se tranquilizó, contando con las fuerzas de su mujer, las cuales parecia que se aumentaban cada dia con las del niño, y así, no la reprendió en lo mas mínimo, y se contentó con advertirla de nuevo acerca de la predileccion, contra la que tendria que combatir.

Se pasaron algunos años, y los tres hermanitos, que habian nacido cada uno con un año de diferencia del mayor, llegaron á la edad de nueve á diez años, dotados casi de las mismas fuerzas y de las mismas facultades. Recibian igualmente los dones y las caricias de sus padres, sin que jamas pudiese escitar la mayor preferencia entre ellos aquella funesta envidia que se arraiga en el corazon de los niños, así como una planta venenosa en un terreno cultivado de nuevo. Madama de Montcars, observada continuamente por su marido, y deseando convencerle de que una mujer sensata puede precaverse de toda predileccion maternal, disimuló con tanta prudencia y valor lo que sentia por su Eduardo, que trataba de concederle menos cosas por temor de concederle mas que á los otros. Lo conoció el niño, y aun observó que cuando él prodigaba á su madre las mas tiernas caricias delante de sus hermanos, experimentaba esta una especie de disgusto, y aun le repelia alguna vez de su seno. El pobre Eduardo era el único que observaba la turbacion irresistible de Madama de Montcars.

La circunspeccion de la madre dió insensiblemente origen á la timidez del niño;

este tomó su disimulo por indiferencia, y le acometió una melancolía profunda que puso su vida en un peligro inminente. Madama de Montcars, afligida y desconsolada, no se apartaba de junto al lecho donde reposaba aquella cabeza tan querida, aquel precioso rostro tan descolorido, y procuraba reanimar con sus besos y el calor de su aliento vivificante al enfermito, que en medio de su delirio dejó escapar estas palabras: «¡Ya no me quiere..... ha biéndome criado á su pecho..... y que soy dos veces su hijo!» Estas palabras fueron un rayo de luz para Madama de Montcars. Se propuso volver por grados á aquel querido niño las caricias de que le habia privado, desengañándole así que estuviera fuera de peligro. Un dia que el enfermo tan interesante estaba tendido sobre el sofá de la sala, entró su madre de repente, y creyéndole sumergido en un profundo sueño, cerró todas las puertas, arrió con silencio una silla al sofá, y estuvo contemplando algun tiempo su precioso rostro, en el que reinaba una calma benéfica. Se acercó un poco mas, y tomando con precaucion una mano de aquel hijo adorado, la aplicó á sus labios muchas veces, y la humedeció con algunas lágrimas..... «Duerme tranquilamente, dijo en voz baja, querido hijo; no sabes cuánto te quiero..... las palabras que salian de tu ardiente boca en tu delirio me han despedazado el corazon, y me han advertido, ¡ah! aunque muy tarde, que dudas de mi cariño: el cuidado que yo he puesto en ocultarte el exceso de él, los combates secretos que yo experimentaba continuamente, han producido este fatal error: así, ha faltado poco para que te cueste la vida el exceso de mi amor.» Aquí el joven convaleciente, no pudiendo reprimir la emocion que sentia, volvió la cara al lado opuesto de su madre, á fin de que no percibiese las lágrimas que salian de sus ojos. Madama de Montcars, creyéndole otra vez dormido, continuó así: «Pobre hijo! ¡cuánto te hice padecer!..... deja, que yo te indemnizaré de las privaciones que me han costado mas que á ti, hijo mio: el cielo me ha perdonado puesto que se ha dignado escuchar nuestros votos: querido Eduardo, me perdonarás tú tambien?» «Sí, madre mia,» exclamó echándose en sus brazos. La alegría que se apoderó de él no le permitió decir mas: la de su madre no era menos viva, y los dos mezclaban sus tiernas caricias, cuando se presentó, acompañado de sus dos hijos mayores Mr. de Montcars. Eduardo guardó silencio sobre esta declaracion del amor maternal que le devolvía la felicidad y la vida; sus fuerzas se recobraron como por encanto, y emprendió bien pronto sus paseos acostumbrados, sus juegos y sus estudios.

(Continuará.)

CUENTECITOS Á MIS NIÑOS.

IV

CARLITOS RECIBE UN HERMOSO CABALLO, PORQUE HA SABIDO BIEN SU LECCION.

¡Qué satisfaccion tan grande es el tener que hablar de un niño amable! Nadie entonces lee, sin experimentar el mayor placer.

Carlitos era el consuelo de su madre, á quien nunca desamparaba. Dulce, pulido, cariñoso, era estimado de todos. Nunca era preciso avisarle que se quitase el sombrero al encontrar alguno de los conocidos, y que diese los buenos dias. Carlitos era alegre, atento y de un carácter muy interesante: era un niño precioso.

Un dia su madre le encontró anegado en lágrimas. ¿Qué tienes pues, querido mio? le preguntó su madre. El niño callaba. ¡Carlitos! repitió su madre con algun enfado, ¿qué es lo que tienes? ¡Ah, señora mamá! respondió el niño juntando sus tiernas manos, ruego á vd. no se enfade contra mí: ¡me cuesta tanto aprender la leccion que vd. me ha señalado! Yo temo que no podré saberla esta tarde.

Entre las buenas cualidades de Carlitos se contaba su grande aplicacion al estudio. Esta era la primera vez que su madre le daba por leccion una fábula de dos páginas. Carlitos habia cumplido sus cinco años: su tarea le parecia algo fuerte.

No te aflijas, Carlitos mio, le dijo su madre; si mañana despues del almuerzo sabes bien tu leccion, yo te daré un hermoso caballo alto como César el perro del patio; si no la sabes, no ganarás nada; pero tampoco te refiré, porque estoy persuadida de que haces lo posible para saberla.

Carlitos, á pesar de la indulgencia de su madre, no estaba aún muy satisfecho: acostumbrado á llenar sus deberes, no se contentaba con no ser refiado; queria tambien los elogios, y ademas, ¡ese hermoso caballo!..... si no puede lograrle ¡qué congoja!

Estábamos en los dias mas largos del año: hacia un calor insoportable. La madre de Carlitos, no pudiendo dormir, bajó al jardin mientras daban las cinco: apenas hubo andado veinte pasos, cuando vió á su hijo en un gabinete de verdura, donde estaba estudiando con la mas grande atencion: «¡Niño amable! dice para sí la madre, al considerarle con placer y enternecimiento: él se priva del sueño en una edad en que tanto gusta el dormir, y eso..... ¡para darme contento! ¡el cielo te bendiga, mi buen Carlitos, pues que tú eres la dicha de tu madre!»

Al decir estas palabras, la madre de Carlitos se metió sin ruido por entre los árboles temiendo ser vista de su hijo, y se paseó en otro lado, pensando en este niño que le prometia tanta satisfaccion.

A las nueve, Carlitos vino á encontrar á su madre, saltando de gozo, con su libro en la mano: «Mamá, le gritó desde lo mas lejos que pudo divisarla, ya sé mi leccion: tenga vd. la bondad de hacérmela recitar: he soñado con ella toda la noche, y esta mañana la he aprendido mas fácilmente que de ordinario.»

La madre tomó el libro sonriéndose. Carlitos recitó su fábula de dos páginas sin yerro, y lo que es mas, con el tono perteneciente á esta clase de lectura: se paraba un poco en las comas, algo mas en el punto y coma, y en el punto dejaba caer su voz, como si el asunto fuese acabado; acordándose muy bien de todo lo que su padre le habia dicho en las últimas lecciones.

La madre, muy contenta, abrazó á Carlitos de todo corazon: «Tú mereces sin duda una recompensa, hijo mio; voy, pues, á dártela; y llamando al punto, hete aquí que traen un hermoso caballo con su silla, brida, etc., sostenido sobre cuatro ruedas de cobre. Carlitos monta al instante en el caballo, y le hace ir por acá y acullá, como si fuese animado. ¡Qué gozo y contento para él! ¿Conque te hallas compensado de todos tus trabajos? le dijo su madre: tienes un hermoso caballo que te divierte, yo estoy contenta de tí, y tu estás alegre y gozoso por haber llenado tus deberes. Mañana irás todo el dia á jugar y á divertirte con tus amigos, convidándolos á hacer una excelente merienda.» Carlitos abrazó á su madre, y le dijo: «Oh mamá, en adelante yo quiero tenerla siempre contenta, porque quiero á vd. y es una dicha para mí el conducirme bien.»

Si todos los niños imitasen á Carlitos, ¡qué de hermosos caballos, coches, birlochas, y otras mil cosas no venderian los mercaderes! Todo iria bien; ellos serian el contento de sus padres, quienes los querrian con todo su corazon.